



## CAPÍTULO XVIII.

### CALLES Y PUERTAS DE JERUSALEN.

**E**STA Jerusalen de los turcos, vuelve á decir Chateaubriand, esta décimaséptima sombra de la Jerusalen primitiva, es la que vamos á recorrer ahora. Luego que salimos del convento fuimos á la ciudadela, en la que en tiempos anteriores no permitian entrar á nadie; pero como ahora está arruinada la dejan ver dando algun dinero. D'Anville prueba que este castillo, que los cristianos llamaban castillo ó torre de los Pisanos, está edificado sobre las ruinas del castillo antiguo de David, y que ocupa el mismo parage de la torre Psephina. De cualquier modo que sea, el tal castillo es una fortaleza gótica que no tiene nada de particular. Desde la torre

de este castillo se descubre á Jerusalen de Poniente á Oriente. El campo que circuye á la ciudad es espantoso, pues por todas partes no se ven mas que montes desnudos de árboles y plantas; y en sus cumbres se descubren de trecho en trecho algunas ruinas de torreones ó mezquitas abandonadas.

Desde lo alto de esta torre de David, fué desde donde el rey profeta vió á Bethsabé bañándose en sus jardines. No se sabe por qué á este castillo se le da el nombre de los Pisanos, yo no vi en él ni un solo cañon, ni creo que lo podria sostener haciendo fuego.

Del castillo pasamos á una calle que va de poniente á oriente, y se llama la del Bazar ó Mercado, y es la calle mayor y mejor de Jerusalen; pero no vimos en ella ni un alma, pues la mayor parte de la gente habia huido á los montes así que supieron que venia el bajá. La puerta de alguna de las tiendzuelas abandonadas estaba abierta, y pude ver varios cuartejos de siete á ocho piés en cuadro donde el dueño come y duerme sobre una estera, único ajuar de tan miserables casucas.

A la derecha del Bazar, entre el templo y las faldas del monte Sion, entramos en el barrio de los judíos, los cuales confiados en su absoluta miseria no temieron al bajá; y allí estaban cubiertos de viles andrajos, caidos sobre el polvo de Sion, y mirando fijamente al templo. El dragoman me hizo entrar en una especie de escuela: quise comprar el Pentateuco hebreo, en el que un rabino enseñaba á leer á un niño; pero

el rabino no lo quiso vender. Se ha advertido que los judíos extranjeros que vienen á vecindarse á Jerusalem, viven poco tiempo. Los de la Palestina son tan pobres que todos los años envían á pedir limosna á sus hermanos de Egipto y de Berbería.

Desde este barrio de los judíos pasamos á la casa de Pilatos para ver por una ventana la mezquita del templo, pues está prohibido á todos los cristianos, bajo pena de muerte, el pisar ni aun el átrio de esta mezquita. A alguna distancia del pretorio de Pilatos vimos la piscina Probática y el palacio de Herodes, que son actualmente unas ruinas de este antiquísimo edificio.

Nos detuvimos á ver un hospital que ántes fué de cristianos y ahora es de turcos, y en el que nos enseñaron una gran caldera que llaman de Santa Helena. Antes daban á cada musulman que venia á este hospital dos panecillos y un plato de menestra, y en el dia de viérnes les daban además un plato de arroz; pero actualmente no hay nada de esto.

Las murallas de Jerusalem, á las que he dado vuelta tres veces á pié, tienen cuatro caras á los cuatro vientos, y forman un cuadrilongo. D'Anville ha probado por las medidas y situacion de los principales edificios, que la Jerusalem antigua no era mucho mayor que la moderna: ocupaba casi el mismo sitio que esta, con solo la diferencia de que comprendia todo el monte Sion, y dejaba fuera el Calvario. No debemos entender á la letra el testo de Josefo, cuando este historiador asegura que las murallas de la ciudad por la parte del Nor-



*Tit. calle de la Palma nº 4.*

Calle de Jerusalem en la que estuvo el palacio de Pilatos y hoy el del gobernador

te llegaban hasta los sepulcros de los reyes, pues se opone á ello el número de los estadios: ademas se podria decir que aun casi tocan las murallas con estos sepulcros, pues no distan de ellas quinientos pasos.

La muralla actual la hizo levantar en 1534 Soliman, hijo de Selin, como lo indican las inscripciones turcas que hay en ella. Dícese que Soliman quiso que el monte Sion estuviese dentro de las murallas de Jerusalem; y que mandó dar muerte al arquitecto, porque no habia obedecido sus órdenes. Estas murallas, que están flanqueadas de torres cuadradas, pueden tener en la plataforma de los bationes unos treinta piés de ancho y ciento veinte de alto, y no tienen mas foso que los valles que circuyen la ciudad. Seis piezas de á doce tiradas á barbeta defendida solo con gaviones, y sin abrir trinchera, harian en una noche una brecha muy capaz: pero tambien es sabido que los turcos se defienden muy bien detras de cualquiera muralla, valiéndose para ello de espaldones. Jerusalem se halla dominada por todas partes, y para poderse defender contra un ejército regular, se necesitaria hacer grandes obras avanzadas al oeste y al norte, y levantar una ciudadela sobre el monte de las Olivas.

En este monton de escombros que llaman ciudad, las gentes del pais han querido dar nombre de calles á ciertos solitarios parages. Es cosa curiosa el saber sus nombres, y por esto, y porque ningun viagero lo ha hecho, quiero copiarlos aquí, pues los padres Ro-

gero y Nau sólo han nombrado algunas puertas en árabe, y así comenzaré por estas últimas.

*Bab-el-Kzalil*, la puerta del Bien-Amado: mira al oeste y se sale por ella para ir á Belen, Hebron y San Juan del desierto. Es la puerta de Jafa, la de los Peregrinos, y algunos viajeros la llaman la de Damasco.

*Bab-el-Nabi-Dahoud*, la puerta del profeta David: cae al mediodía sobre la cumbre del monte Sion, casi enfrente del sepulcro de David y del Santo Cenáculo.

*Bab-el-Maugrarbe*, la puerta de los *maugrabinos* ó de los *berberiscos*: se halla entre el levante y el mediodía sobre el valle de Haanon, casi á la esquina del templo y enfrente de la aldea de Siloan. Es la puerta Sterquilina ó del Muladar, y fué por la que los judíos llevaron á Jesucristo, cuando habiéndolo prendido en el huerto de las Olivas, le conducian ante Pilatos.

*Bab-el-Darahie*, la puerta *Dorada*: está á levante y va á parar al atrio del templo. Los turcos la tienen tapiada, pues es tradicion entre ellos que algun dia los cristianos tomarán la ciudad por esta puerta. Creese que por esta misma puerta entró Jesucristo en Jerusalem el dia de Ramos.

*Ba-el-Sidi-Mariam* la puerta de la santa Virgen al oriente, enfrente del monte de las Olivas. Todas las relaciones de la Tierra Santa la llaman puerta de San Esteban ó de Maria, porque aquí delante fué martirizado el santo, y por ella se va al sepulcro de la

Virgen. En tiempo de los judíos se llamaba la puerta de los Ganados.

*Bab-el-Zahara*, la puerta de la Aurora ó del Aro [*Cerchiolino*]: mira al septentrion, y por ella se va á la cueva de las Lamentaciones de Jeremías. Los mejores mapas de Jerusalem convienen en nombrar á esta puerta de Efraim ó de Herodes. La puerta de Efraim y la Sterquilina vienen á ser los dos portillos de Jerusalem.

*Bab-el-Hamond*, ó *Bab-el-Cham*, la puerta de la Columna ó de Damasco. Cuando Simon Cirineo encontró á Jesucristo con la cruz á cuestas venia de la puerta de Damasco. Los peregrinos entraban antiguamente por esta puerta, pero ahora entran por la de Jafa ó de Belen, de lo que nace el haberse confundido los nombres.

Pasemos ahora á dar razon de las calles. Las tres principales se llaman:

*Harat-bab-el-Hamord*, la calle de la puerta de la Columna: atraviesa la ciudad de norte á mediodía.

*Souk-el-Kebiz*, la calle del Bazar, ó de la Plaza mayor: va de poniente á oriente.

*Harat-el-Allam*, la calle de la Amargura: comienza en la puerta de la Virgen, pasa por el pretorio de Pilatos, y concluye en el Calvario.

Aun se hallan otras siete calles memorables, y son:

*Harat-el-Muslmin*, la calle de los turcos.

*Harat-el-Nassara*, la calle de los cristianos: va del Santo Sepulcro al convento de los latinos.

*Harat-el-Asman*, la calle de los armenios: está al levante del castillo.

*Harat-el-Youd*, la calle de los Judíos: en esta calle están las carnicerías.

*Harat-bab-Hotta*, la calle cerca del templo.

*Harat-el-Zahara*. Mi dragoman me traducía estas palabras por *Strada Comparita*, pero yo no se lo que quería dar á entender, y solo sí que añadía que en ella vivían los *rebeldes* y la mala gente.

*Harat-el-Magarbè*, calle de los Maugrabinos: estos maugrabinos, como ya dije, son los occidentales ó berberiscos, y entre ellos se hallan aun algunos descendientes de los moros que fueron echados de España en el reinado de Fernando é Isabel; y los cuales hallaron en la santa ciudad muy buena acogida, pues se edificó una mezquita para ellos, y aun actualmente se les socorre con pan, frutas y dinero. Los herederos de los feroces abencerrages, y los hábiles arquitectos de la Alhambra, sirven en Jerusalem de porteros y de correos ó verederos, pues se les prefiere para esto por ser inteligentes y andarines. ¡Qué dirían Saladino y Ricardo si volviendo de pronto al mundo viesen á los caballeros moros convertidos en conserges del Santo Sepulcro, y á los caballeros cristianos en religiosos mendicantes!

Cuando el judío Benjamin de Tudela hizo su viaje á Jerusalem, que fué reinando en esta ciudad los reyes franceses, tenía tres órdenes de murallas, y cuatro puertas que Benjamin llama puerta del Sueño de

Abrahan, puerta de David, puerta de Sion, puerta de Josafat: pero las tres murallas no convienen con lo que sabemos del estado en que se hallaba esta ciudad cuando la tomó Saladino. Benjamin halló muchos judíos avecindados en el barrio de la torre de David, y los cuales por cierto tributo que todos los años pagaban al rey, gozaban del privilegio esclusivo de ser los que tiñesen los paños y lanas.

Los lectores que quieran comparar la Jerusalem moderna con la antigua, pueden leer la disertacion de d'Anville sobre la antigua Jerusalem, á Relando, y al P. Lami.

Volvíamos al convento á las nueve, y luego que hube almorzado fuí á visitar al patriarca griego y al patriarca armenio, que me habían enviado á cumplimentar por medio de sus dragomanes.

El convento griego linda con la iglesia del Santo Sepulcro. Desde el terrado de este convento se descubre un espacioso patio donde ví dos ó tres olivos, una palmera, y algunos cipreses: en aquel mismo parage fué donde estuvo la casa de los caballeros de San Juan de Jerusalem. El patriarca griego me pareció un hombre muy de bien, y en aquel instante se hallaba tan afligido con las vejaciones del bajá, como el guardian de San Salvador. Hablamos de Grecia, y habiéndole preguntado si tenía algunos manuscritos, me enseñó varios rituales y tratados de los Santos Padres. Tomamos café, me regaló tres ó cuatro rosarios, y con esto

me despedí para pasar á hacer mi visita al patriarca armenio.

Llamábase este Arsenios: era natural de la ciudad de Cesarea en Capadocia, metropolitano de Scythopoli, y procurador patriarcal de Jerusalem, él mismo me escribió su nombre y dictados en caracteres siriacos en un papelito que aun conservo. No me pareció hallarse en aquel estado de miseria y opresion que advertí en los griegos, los cuales en todas partes son esclavos. El convento armenio es agradable, la iglesia hermosa y sumamente aseada. El patriarca me pareció como un turco opulento, cubierto de ropas de seda, y sentado en almohadones. Me dió á beber excelente café de Moka, y me sirvieron ademas dulces secos y agua fresca. En tanto quemaron madera de aloes, y me perfumaron tanto con esencia de rosa, que llegó á incomodarme. Arsenios me habló de los turcos con sumo desprecio, y me aseguró que toda el Asia estaba dispuesta á las mayores sublevaciones con poco que se incitase. Los pueblos del oriente están mucho mas acostumbrados á las ideas de invasion y conquista que nosotros. Han visto pasar á todos los hombres que han mudado la faz del universo como Sesostris, Ciro, Alejandro, Mahoma, y el último conquistador de Europa. Acostumbrados á seguir la suerte de un amo, no tienen ley que les haga amar las ideas de orden y de moderacion política: matar cuando uno es mas fuerte les parece un derecho legítimo, y á él se sujetan ó le ejercen con la misma indiferencia. Pertenece esen-

almente á la espada, y gustan de todos los prodigios que produce, pues es para ellos como el brazo de un genio que levanta ó destruye los imperios. No conocen la libertad arreglada y justa, no tienen propiedad alguna, la fuerza es su ley. Cuando están mucho tiempo sin ver llegar aquellos conquistadores que ejecutan la suprema justicia del cielo, parecen soldados sin caudillo, ciudadanos sin legislador, familia sin padre.

Mis dos visitas duraron casi una hora, y desde allí entré otra vez en la iglesia del Santo Sepulcro, pues se habia avisado al turco que abre las puertas para que estuviese pronto cuando yo llegase: observé segunda vez y con mas despacio los monumentos de esta venerable iglesia. Subí á la galería donde encontré á un religioso cophto y á un abisinio, los cuales eran muy pobres, haciéndome acordar su modesto trage de los tiempos de la primitiva iglesia. No puede uno ménos de llenarse del mas santo respeto al ver reunidas tantas y tan diversas gentes en el Sepulcro de Jesucristo, orando en cien diferentes lenguas, en aquel mismo lugar donde los apóstoles recibieron del Espíritu Santo el don de hablar todas las de la tierra.

